



## Capítulo 609: Virgilio contra Cerbero

Horas antes.

Virgilio caminaba lentamente, con las manos en los bolsillos. Poco tiempo después de escuchar muchas quejas, todavía lo seguían a pesar de que les había dicho que no quería escuchar su argumento.

Zafiro y Sephirothy.

"¿De verdad vas a ignorar las instrucciones? Eso es suicidio político incluso para ti, Virgilio." La voz de su madre era fría, precisa y aguda como el acero. Su mirada, de una plata translúcida, lo atravesó como si pudiera prever todas las consecuencias posibles.



Al otro lado, Zafiro se apoyó en un pilar, con los brazos cruzados y una sonrisa casi infantil en su rostro.

"Oh, cállate, Saphy. Él tiene que hacer aquello para lo que nació. Caos." Sus ojos brillaban de un verde intenso, reflejando el entusiasmo de alguien que ve el mundo como un escenario en llamas.

Vergil se detuvo entre los dos y respiró profundamente.

"No voy a seguir lo que ninguno de ustedes quiere."

Zafiro levantó una ceja, divertido.



"Finalmente actuando como el Rey Demonio que conozco."

"Esa no es una actitud sabia", Sephirothy intervino y dio un paso adelante. "Si te metes con los dioses de esta manera provocarás una ruptura que ni siquiera el infierno podrá arreglar."

Virgilio se rió. "Genial. Que entonces sea una ruptura imposible de negar."

Zafiro aplaudió, vibrando de emoción.

"¡Eso es todo! Muéstrales quién eres, Virgilio. ¡Muéstrales que no hay trono que no pueda ponerse boca abajo!"

Sephirothy lo miró fríamente.

"¿De verdad vas a destruirlo todo y traernos más mala reputación?"

Vergil suspiró, mirando hacia otro lado.

"No quiero destruir nada... todavía. Sólo actuaré si realmente sucede algo. Si alguien hace algo que realmente me irrita..."

Sus ojos se pusieron rojos como brasas vivas. "...entonces causaré el mayor caos posible."

...





El presente regresó como un trueno. Las llamas de Erebus volvieron a arder y el suelo palpitaba bajo los pies de Virgilio.

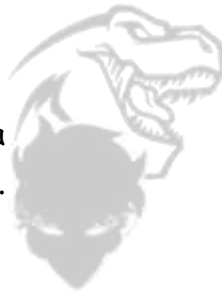
Parpadeó lentamente, volviendo a la realidad, mientras Hades se levantaba de su trono.

"Así está decidido," La voz del Hades' resonó por toda la sala, profunda e implacable.

"¿Quieres castigo, Rey Demonio?"

El dios extendió su mano y las cadenas que ataban a Cerbero comenzaron a romperse con grietas metálicas, una por una.

"Entonces lo tendrás. Deja entonces que el guardián de Erebus te ponga a prueba. Ningún mortal o demonio ha resistido jamás los colmillos de Cerberus'. Que ésta sea tu penitencia."



Vergil hizo girar a Yamato en un movimiento ligero, casi indiferente, y su sonrisa regresó —serena, peligrosa.

"Perfecto."

El sonido de un chasquido atravesó el silencio.

Un solo movimiento.

Simple. Preciso.



Pero viniendo del Hades, el dios de los muertos, nada era sencillo.

El aire tembló.

Las llamas negras de Erebus se curvaron hacia adentro, como si fueran absorbidas por un vacío invisible. El suelo bajo los pies de Virgilio se agrietaba en líneas perfectas, y cada grieta brillaba con un tono rojizo —el rojo del inframundo, de la esencia de la muerte y la sangre.

Un trueno apagado recorrió el pasillo.

Y luego, el mundo... cambió.

Erebus —antiguamente un templo sombrío, lleno de columnas retorcidas y paredes vivas de sombras— comenzó a distorsionarse, girando sobre sí mismo como un remolino colosal. Las almas atrapadas en las paredes gritaban al unísono, el sonido desgarraba el tejido de la realidad.



Virgilio miró hacia arriba. Sobre él, el techo se abrió, revelando un cielo que no pertenecía a ninguna parte—, una bóveda gris infinita, donde relámpagos blancos y azules bailaban como serpientes de pura energía. Cuando cesó la rotación, lo que quedaba del antiguo Erebus era algo completamente nuevo.

Una arena colosal.

Los círculos concéntricos de piedra negra formaban interminables niveles de asientos, como las escamas de una serpiente cósmica. Cada asiento brillaba con llamas azules, sosteniendo figuras de todo tipo —dioses, demonios, arcángeles, héroes muertos y entidades demasiado antiguas para ser nombradas.



En el centro, un coliseo de proporciones absurdas.

El suelo era una mezcla de roca volcánica y cenizas de plata. Las grietas exhalaban vapor y fuego. Desde arriba colgaban gigantescas cadenas —restos de la prisión de Cerbero— que se balanceaban suavemente y crujían como campanas funerarias.

Virgilio miró a su alrededor lentamente.

El viento caliente y metálico transportaba el aroma del azufre, la sangre y el poder antiguo.

"Así que este es tu tipo de escenario..." murmuró, con una sonrisa tirando de la comisura de sus labios. "Nada mal."

Hades descendió lentamente de su trono—ahora materializado sobre una tribuna hecha de huesos fosilizados. Su capa ondeaba, movida por un viento inexistente.



"Erebus está moldeado por mi voluntad", dijo, con su voz resonando en todos los planos. "Y mi voluntad ahora es que todos vean el precio de alterar el equilibrio."

Las runas alrededor de la arena comenzaron a brillar—miles de inscripciones en lenguas muertas, sellando el espacio. Ningún dios, ningún demonio, ningún mortal podría interferir.

"Un terreno neutral," Hades explicó fríamente. "Donde ni la luz, ni las tinieblas, ni la fe tienen dominio. Aquí sólo importa la fuerza."



Yama reapareció en el balcón, observando el nuevo entorno. Su mirada era un abismo dorado, analizando a Virgilio con oscura curiosidad.

"Un juicio en forma de espectáculo... como siempre, Hades. Nunca cambias."

"Y siempre hablas demasiado", respondió sin siquiera mirarla.

Las tribunas comenzaron a llenarse más rápido—los dioses que anteriormente estaban dispersos en el salón fueron transportados en destellos de energía. Competidores, guerreros e incluso espíritus curiosos fueron arrastrados a la fuerza para presenciar el duelo.

Susanoo se rió desde donde estaba.

"¡Por fin algo interesante!"

Wukong chasqueó los dedos, sentado sobre su nube dorada que ahora flotaba sobre la arena. "Ah, esto va a ser divertido. Anda, perro... enséñame si ladras más de lo que muerdes."

Ada estaba entre los dioses, traídos allí por el propio espacio. Hela, a su lado, cruzó los brazos, observando todo con ese aire frío e irrompible.

"Esto no es un castigo", murmuró. "Es entretenimiento." Hades oyó y una media sonrisa cruzó sus labios. "El entretenimiento y el castigo pueden ser la misma cosa, dependiendo de quién esté mirando."

Al otro lado de la arena, el suelo temblaba violentamente.





Apareció el portal—una lágrima de energía densa y carmesí, que escupía fuego y vapor. Cadenas rotas volaban como serpientes y un rugido bestial llenaba el aire.

Cerberero emergió.

El sabueso de las profundidades.

Las tres cabezas se levantaron, cada una con una expresión distinta —ira, hambre y puro desprecio. Sus bocas exhalaban humo y llamas, y sus ojos ardían como pequeñas lunas infernales. El cuerpo era una pared viva de músculos, cubierta de escamas negras y cicatrices brillantes.

A su alrededor, el suelo se derritió y se agrietó, incapaz de soportar su peso.

Vergil sonrió y ajustó su control sobre Yamato.

"Al menos no me aburriré."

Las tres cabezas se arquearon hacia atrás y un aullido furioso llenó el aire — tan fuerte que hizo temblar el espacio. Toda la arena vibró.

Los espectadores guardaron silencio. Incluso los vientos parecieron detenerse.

"Cerberero," Hades dijo, con un gesto, "Te libero de tus cadenas y de tu deber por este instante. Tu deber ahora es poner a prueba al demonio que tienes delante. Sin límites. Sin piedad."

Las cadenas se disolvieron en humo negro.





Virgilio cerró los ojos y la energía alrededor de su cuerpo se manifestó nuevamente —fuego, viento, sangre y sombras, arremolinándose a su alrededor como un huracán carmesí. El suelo bajo sus pies se agrietó y la realidad misma pareció doblarse ante la brutal mezcla de poderes.

Los dioses sintieron la presión. Incluso Shiva —acostumbrado a destruir universos— levantó una ceja.

"Eso... es el caos encarnado."

"Caos con propósito," murmuró Hela, con los ojos fijos en él. Virgilio volvió a abrir los ojos. No eran sólo rojos—eran abismos ardientes.

"Entonces, perro," dijo en tono provocativo, "veamos si tu ladrido es tan malo como dicen."



Cerbera rugió en respuesta y una de sus cabezas se abalanzó hacia adelante, exhalando fuego puro.

El impacto fue inmediato—un torrente incandescente que consumió la mitad de la arena. La temperatura subió a niveles absurdos y, sin embargo, cuando el humo se disipó, Virgilio todavía estaba allí. Inmóvil.

Un corte fino y brillante cruzó el espacio entre él y la bestia.

El fuego que lo había alcanzado se partió en dos—se dividió, se partió por la mitad, sin siquiera tocarlo.

El público reaccionó con murmullos y asombro.





Hades observó en silencio, con la mirada oscura y evaluadora.

Wukong se rió, inclinándose hacia adelante.

"Ah, esto va a ser bueno."

Virgilio levantó a Yamato, el acero divino que reflejaba el fuego y la sangre.

"Empecemos de verdad."

El rugido de Cerbero resonó nuevamente —esta vez más profundo, más salvaje, como si el inframundo mismo temblara ante el sonido.

Vergil permaneció inmóvil, con Yamato en la mano, el viento a su alrededor pulsando en sincronía con los latidos de su corazón.

Las tres cabezas del perro del infierno se movieron, cada una revelando un brillo distintivo en lo profundo de sus gargantas.

El del medio, fuego—ardiente e impredecible.

El correcto, trueno—energía pura en forma de destrucción.

Y el de la izquierda, hielo—frío absoluto, lo opuesto al infierno que lo rodeaba.

El aire se agrietó con un chasquido glacial.





El aliento helado venía como una pared blanca y azul, densa, pesada, cortando el aire como cuchillas invisibles. Las piedras de la arena se congelaron instantáneamente, agrietándose y rompiéndose al impactar. El suelo tembló bajo el peso de la energía.

Vergil apenas tuvo tiempo de moverse—la fuerza del ataque lo golpeó de frente. El hielo se lo tragó, formando una prisión cristalina alrededor de su cuerpo.

Silencio.

Por un instante, pareció como si el demonio hubiera sido borrado del mapa.

Las tres cabezas de Cerbero se levantaron triunfantes, cada una dejando escapar un sonido gutural diferente —una risa, un gruñido y un trueno lejano. El público observaba expectante.



Pero entonces...

Un sonido.

Un solo sonido atravesando el hielo.

Crack. Se formó una fisura justo en el centro de la prisión. Y luego otro. Y otro. Hasta que el hielo empezó a brillar—no azul, sino rojo.

Una explosión de energía estalló desde dentro, derritiendo todo en una fracción de segundo.

Allí estaba Virgilio, envuelto en vapor y fragmentos de cristal fundido.

Sus ojos brillaban con una intensidad sobrenatural y una amplia sonrisa se formó en su rostro.

"Tres cabezas, tres elementos..." dijo, pasándose una mano por el pelo mojado.

"Un buen truco. Ahora entiendo por qué te llaman guardián."

El aire que lo rodeaba comenzó a distorsionarse, cortado por líneas plateadas—cortes en el espacio mismo.

"Pero si crees que eso será suficiente..."

Él hizo girar a Yamato, y el sonido que se escuchó no fue el sonido del acero—fue el sonido del mundo mismo siendo destrozado.

"...inténtalo más fuerte."

